

## X

Julio Harvey habitaba un hermoso hotel en *Grosvenor-Square*. Tenía casa puesta en Londres como en París y todos los años su hija le llevaba dos meses á Inglaterra. Uno ó dos de los hijos de Harvey se decidían con frecuencia á ir á ver á su padre á Londres, pues en Inglaterra se encontraban más en su centro que en Francia, cuyas costumbres, ideas y gustos les resultaban insufribles. Aquellos robustos jóvenes se ahogaban en los estrechos límites de las conveniencias sociales y muy á menudo sentían deseos de quitarse el frac en plena reunión y de meterse la corbata blanca en el bolsillo. La vida al aire libre de los ingleses les ofrecía un atractivo que compensaba las tristezas de los salones.

Al salir de una comida ó de una representación se embarcaban en el Támesis ó recorrían cincuenta leguas en ferrocarril para ir á cazar zorros y volvían frescos y contentos cuando habían roto algunos remos ó reventado algún caballo. Su padre les

envidiaba, pero él estaba severamente sujeto por miss Harvey, que no le dejaba hacer todo lo que quería.

La sociedad americana de Londres, tan favorablemente acogida por la *gentry* como la de París por el gran mundo, rivaliza en lujo con las familias más aristocráticas de Inglaterra y tira el dinero por la ventana con más fastuoso abandono todavía que en París. No parece sino que esos advenedizos de la fortuna, que apenas cuentan un siglo de vida nacional, quieren asombrar al viejo mundo con la exhibición de su extraordinaria vitalidad. Los ingleses, aun envidiando esa expansión de fuerzas y esa potencia un poco insolente, no pueden evitar cierta predilección hacia aquellos hijos ingratos que se emanciparon de su madre. No olvidan que corre por sus venas la misma sangre y como abuelos indulgentes se sonríen ante las travesuras americanas, hasta el día en que comprendan, con su sentido práctico, que tienen interés en fomentarlas. Entonces la alianza anglo-sajona será un hecho en ambos mundos, y el águila norte americana y el león inglés harán sus rapiñas de concierto.

Por el momento sus relaciones se limitan á veladas y comidas entre millonarios, preludios de bodas que cruzan la sangre de los nobles de la conquista con la de los ganaderos de puercos y explotadores de minas. La estadística de los matri-



monios por los cuales las *misses* de Chicago, de Nueva-York ó de Filadelfia han entrado en las más ilustres casas inglesas, es muy curiosa. Se ve en ella que la Inglaterra ha recogido más de cien millones de dollars en forma de dotes. Y los periódicos del nuevo mundo, en competencia con las agencias matrimoniales, facilitan las transacciones publicando la lista de las jóvenes disponibles en los Estados Unidos, con la cifra de sus capitales.

Cuando la industria conyugal se exhibe de ese modo, se facilita singularmente el cambio de buenas relaciones entre los países productores de maridos y las regiones cultivadoras de mujeres.

La familia Harvey tenía, pues, un pie en Francia y el otro en Inglaterra, pero Francia triunfaba, puesto que el conde de Sorege había sido admitido como futuro esposo. Sin embargo, desde que Tragomer llegó a bordo del *Magic* y se presentó en casa del ganadero, parecía que el prestigio de Sorege había disminuido. Los dos hermanos más jóvenes, Felipe y Edward, estaban en aquel momento en Londres, y su entusiasmo por la fuerte complexión de Cristián fué muy significativa. El *cow-boy* Felipe declaró sin ambages á su hermana que hubiera debido escoger al noble bretón.

— Ese, decía, es de los nuestros. Monta á caballo como el viejo Pew, que nos ha educado; es incansable andando; maneja la carabina y el cuchillo; ha pescado en los grandes lagos... ¿ Por qué, con

tu dinero, no has encontrado un muchacho vigoroso como el conde Cristián, en lugar de buscarte ese bicho de Sorege? Puesto que Julio Harvey y C<sup>o</sup>. pagan el dote que tu quieres, debías haber escogido lo mejor.

— Pero, Felipe, había respondido miss Maud, lo mejor en las praderas no es lo mejor en los salones. Estando yo decidida á vivir en Europa, es acaso preferible que sea la mujer de un hombre tranquilo que de un torbellino, como tú y los demás hermanos.

— Como es para ti, es justo que sigas tu capricho, añadió Edward; pero si piensas en tu descendencia, tienes más interés en casarte con un hombre robusto que con un alfeñique. En fin, allá tú.

— Además, dijo la joven, nada prueba que el señor de Tragomer me hubiera querido; y, según él mismo me ha dicho, su corazón no está libre.

— ¡ *All right!* Entonces, no hay más que hablar.

La preferencia de sus hermanos por el sencillo, activo y rudo Cristián, influyó seguramente en miss Maud, pues desde que, una semana antes, llegó el *Magic*, fué á visitarle dos veces é invitó á Cristián y á Marenval á comer en casa de su padre. Además, casi todas las mañanas encontraba á los dos franceses en *Hayde-Parck*, donde se paseaba á caballo con sus hermanos y al paso, lo que ponía á aquellos dos centauros en un estado de abati-



miento lamentable. Pero se indemnizaban después con una buena partida de *cricket*, en la que Tragomer manejaba el mazo con un vigor que había contribuido no poco á conquistarle el favor de los hermanos de Maud.

El día anterior al en que las señoras de Freneuse estuvieron en el yate, Mareval y Tragomer estaban dando su paseo ordinario, cuando en la orilla de la Serpentina encontraron á miss Maud que iba á pie, seguida de un lacayo y de su coche.

— ¿Dónde están sus hermanos de usted, miss Maud? preguntó Cristián.

— En el círculo de los Arqueros, donde según parece hay una apuesta de las más interesantes. Paseemos juntos.

— Con mucho gusto.

Se colocaron á uno y otro lado de la joven y tomaron su paso. Después de un momento de silencio, Cristián dijo con voz discreta:

— ¿Se acuerda usted, miss Maud, de una conversación que tuvimos hace seis meses, el día en que tuve el honor de ser presentado?

— Sí, perfectamente, y he pensado después en ella con un particular interés. Se trataba de su antiguo amigo Jacobo de Freneuse y lo que usted me contó me impresionó vivamente. Estaba usted tan seguro de la inocencia de ese desgraciado, que muchas veces me he preguntado qué se podría hacer en su favor.

— Bien claramente lo dijo usted aquella noche, continuó Cristián sonriendo. Y hasta me maltrató usted un poco porque no intentaba nada en favor de mi amigo. Yo, exclamó usted, si un hermano mío hubiera sido condenado injustamente, no me detendría ante nada para libertarle. El mismo Sorege bromeó agradablemente sobre esto, sin lograr que usted se calmara, tan enfadada estaba usted conmigo. Por fortuna se calmó después y nuestra amistad no ha sufrido por aquella primera impresión.

Miss Harvey miró fijamente á Cristián.

— ¿Por qué vuelve usted sobre ese asunto, puesto que no le fué favorable? Conozco á usted ya lo bastante para creer que lo hace por algo. ¿Hay alguna novedad sobre Freneuse? ¿Acaso ha adquirido usted la prueba de su inocencia?

Tragomer siguió andando, con la cabeza inclinada y sin mirar á la joven.

— ¿Se puede hablar con usted en confianza? miss Harvey. ¿Las mujeres de su país saben ser discretas cuando se les pide que lo sean? Eso les daría una gran superioridad sobre las mujeres de Europa, que son incapaces de resistir al deseo de hablar y dejarían cortar la cabeza á su mejor amigo con tal de soltar lo que tienen en la punta de la lengua.

— Las mujeres de América, en ese punto, somos hombres, dijo miss Harvey. Puede usted



confiarles un secreto, seguro de que se dejarán matar antes que revelarlo. Somós aún medio salvajes y tenemos los defectos y las virtudes de tales.

— Pues bien, entonces tendré confianza en usted y le contaré la mitad de mis proyectos... Veo en la cara de Marenval que me quisiera ver más reservado, pero, ¡qué diablo! yo me arriesgo...

— Arriésguese usted, querido amigo, dijo Marenval, pero empiece por advertir á miss Harvey las consecuencias que puede tener nuestra empresa para cierta persona que le toca muy de cerca...

Maud se detuvo bruscamente y palideció.

— ¿Se refiere usted al señor de Sorege?

Tragomer movió la cabeza.

— Marenval ha hecho bien de plantear en seguida la cuestión como debe ser planteada. Ya ve usted, miss Harvey, como á la primera palabra se ha turbado, y qué peligroso es poner en conflicto su sinceridad con su interés.

Las mejillas de la joven americana se tiñeron de rojo. Echó á andar y dijo en tono decidido :

— ¿Luego es cierto que Sorege está metido en el asunto en cuestión? Pues no crean ustedes que mi carácter me consiente ilusionarme en lo que le concierne. ¿Qué mujer sería yo si pudiendo saber la verdad respecto del hombre cuyo nombre debo llevar, rehusase el conocerla? Si ha cometido una

mala acción, ¿la habría cometido menos porque yo me case con él? Taparme los ojos para no ver sería imitar al avestruz, que esconde la cabeza creyendo evitar el peligro. El señor de Sorege no tiene fortuna, no es un genio, no posee una instrucción excepcional; no tiene más que su nombre. Si ese nombre no está sin mancha, no le quiero por nada del mundo.

El golpe fué seco y duro como un latigazo. No se podía dudar de la buena fe de la joven, en cuyos ojos brillaba la franqueza.

— Pues bien, va usted á oír la verdad puesto que quiere saberla. En lugar de irnos á pasear por las costas de Egipto y de Siria, Marenval y yo hemos atravesado el istmo de Suez y por el mar de las Indias y Batavia llegado á la Nueva Caledonia. Con nombre y documentos falsos he bajado á tierra, he visto á Jacobo de Freneuse y el día siguiente, Marenval y yo, después de una espantosa escaramuza, le hemos arrebatado á viva fuerza.

— ¿Es posible? exclamó miss Harvey entusiasmada. ¡Marenval y usted! ¡Dos franceses, dos hombres del gran mundo, han hecho eso! ¡Oh! Si Felipe y Edward lo supieran, perderían la cabeza...

— ¡Silencio! Precisamente es necesario que no lo sepan, interrumpió muy bajo Tragomer.

— ¿Entonces, han traído ustedes á ese pobre muchacho?



— Está á bordo de nuestro barco.

— ¿En el Támesis?

— Delante de los Docks. Su madre y su hermana van á verle mañana mismo; para ello han llegado ocultamente á Londres, pues su presencia aquí daría mucho que pensar y sólo obrando misteriosamente podemos lograr nuestra empresa.

— ¡Las buenas señoras! ¡Qué felices van á ser! ¡Ah! Quisiera presenciarse su alegría... Pero, díganme ustedes, porque esta aventura me apasiona, ¿han navegado ustedes millares de leguas por amistad al señor de Freneuse? ¡Ustedes, dos parisienses, han abandonado su París, sus placeres, sus costumbres, y viajado tanto tiempo, arriesgando sus vidas!...

— Marenval la arriesgó en efecto, dijo Cristian, pues por poco recibe una bala de revólver... Y si le hubiera usted visto en aquel momento... ¡Estaba soberbio!

Miss Harvey ofreció la mano con entusiasmo á Marenval y con una vibración en la voz que conmovió á Cipriano hasta el fondo del corazón, añadió:

— No pensé que usted se convertiría en un héroe; pero los franceses son capaces de todo... ¿Y usted, qué hacía en ese momento, señor de Tragomer?

— Tragomer, dijo Marenval, estaba en el agua con Jacobo, sosteniéndole, animándole bajo una

lluvia de balas y en un sitio en que pululan los tiburones... Sí, miss Harvey, el episodio fué vivo... Tuvimos que echar á pique la lancha de la Administración para escapar á sus ataques; pero no hemos tirado ni un tiro, aun en defensa propia, pues no queríamos tirar contra franceses. ¡Oh! ¡De buena nos escapamos! Aseguro á usted que por la noche, cuando corríamos á toda velocidad, comimos con buen apetito...

— Su amigo estaba con ustedes, salvado por ustedes. ¡Qué alegría! ¡Y qué agradecimiento el suyo!

— Estaba como loco, pero recobró después su lucidez. Nos hemos comunicado nuestros descubrimientos y lo que él sabía y ha resultado clara la prueba de su inocencia.

Miss Harvey reflexionó un instante y dijo después con gravedad:

— ¡Y esa inocencia era conocida de Sorege, según ustedes!

— No cabe duda.

— ¿Podrán ustedes probarlo?

— Resultará claramente de la prueba que vamos á intentar y para la cual necesitamos el concurso de usted. Vea, pues, de lo que se trata. Pasado mañana comemos en casa de su padre de usted con algunos de sus amigos. Manifieste usted desde hoy el deseo de tener en su casa esa noche á la cantante Jenny Hawkins, de *Covent-*



*Garden*. Sorege la conoce y si usted sabe pedirlo, servirá de intermediario para llevar á la artista.

— Así se hará. ¿Y después?

— Nada más. El resto queda de nuestra cuenta. Es indispensable que sea usted prudente y no diga ni una palabra á Sorege. Tiene usted amigos en su casa á quienes obsequiar, ha oído en el teatro á Jenny Hawkins y tiene el capricho de hacerla venir... Si él hace objeciones, insista usted, pero no nos descubra.

— Esté usted tranquilo.

— Yo pediré á usted solamente una invitación para un joven inglés amigo mío, que irá por la noche á su casa de usted á tomar una taza de te.

— ¿Cómo se llama?

— Para todo el mundo se llamará sir Herbert Carlton; para usted, Jacobo de Freneuse.

— ¡Dios mío! ¿Qué intentan ustedes? preguntó miss Maud con inquietud.

— Ya lo verá usted. Puesto que este asunto le apasiona, va usted á asistir á una de sus peripecias más importantes. Usted me incitó á arriesgarlo todo para salvar á mi amigo; ahora es preciso que me ayude á llegar hasta el fin, suceda lo que quiera.

— Les ayudaré lealmente, señor de Tragomer, y si hay quien tiene algo que ocultar, peor para él. Lo primero es defender á las personas honradas.

— Cuando Jacobo de Freneuse se presente, dijo

Cristián, mire usted bien á Jenny Hawkins y á Sorege. Por muy dueños que sean de sí mismos, nos entregarán su secreto por el extravío de sus ojos y la palidez de sus semblantes. Usted conoce *Macbeth* y sabe cuál es el espanto del asesino coronado cuando ve levantarse en medio del festín la sombra de su víctima. Examine usted á su prometido y á la cantante y verá reproducirse la tragedia. Pero tenemos que habérmolas con personas temibles. En una situación parecida la Hawkins se dominó admirablemente y acaso ahora intente burlarnos. Con ningún pretexto le permita usted comunicar con Sorege ni salir del salón. Desde el momento en que Jacobo de Freneuse esté en presencia de sus adversarios, sólo él debe combatirlos, sin ayuda, á su placer. Usted no hará más que impedir que se le escapen...

— Doy á usted mi palabra de que así será.

— Ahora, separémonos y hasta mañana.

Miss Harvey subió en el coche y los dos franceses continuaron su paseo como si no tuvieran motivo alguno de preocupación, admirando los lujosos trenes que empezaban ya á circular por las verdes praderas del parque.

El hotel Harvey es un hermoso edificio estilo Luis XVI, edificado por el duque de Sommerset y que el americano pagó á buen precio. El decorado interior es lujoso y miss Maud ha tenido el buen gusto de conservar el aspecto antiguo de los



salones, de entrepaños contorneados con bonitas aguadas á dos colores. El admirable comedor, adornado con una gran chimenea de piedra, en cuyo retablo se ostenta un fresco de Gainsborough, puede contener cuarenta convidados. Aquella noche, las señoras acababan de levantarse y una quincena de caballeros, entre los cuales estaban Cristián y Marenval, estaban haciendo los honores, según la costumbre, á unas cuantas botellas de exquisitos licores.

Los hijos de la casa se indemnizaban del malestar que les producía el frac absorbiendo algunos vasos *wisky*. Nuestros dos franceses no habían apenas probado los vinos desde el principio de la comida. Julio Harvey, que era muy sobrio á causa de la gota, resultaba un triste anfitrión. Sorege tenía entablada una conversación, que parecía interesarle mucho, con Geo Seligman, el gran introductor de acciones de minas de oro en el mercado europeo. Eran las diez y ya la atmósfera empezaba á ponerse cargada cuando Harvey dijo á sus convidados :

— Si tienen ustedes gana de fumar, vámonos de aquí, porque de seguro mi hija va á venir pronto á rogarnos que pasemos al salón.

— Tragomer y yo vamos á reunirnos con ella ahora mismo, si usted lo permite, dijo Marenval.

Sorege levantó la cabeza pero no siguió á sus compatriotas. Su plan de conducta debía estar

bien adoptado y no era él hombre de variarle. Hasta que llegase Jenny no había nada que temer y podía tomar respiro y reservar sus medios de acción para cuando le hiciera falta emplearlos. Marenval y Cristián atravesaron un invernadero lleno de las más hermosas plantas tropicales y refrescado por una fuente de mármol de la que corría un agua cristalina, y entraron en el salón, donde las señoras en traje de baile, ofrecían un hermoso cuadro agrupadas en torno de miss Maud.

Algunas jóvenes americanas de frescas carnes, barbilla un poco gruesa, cabello rubio, anchos hombros y largos talles, conversaban en un inglés silbado y gutural. Su conversación se refería á la cantante cuya presencia estaba anunciada y que ofrecía á los invitados de Harvey un atractivo poco ordinario. Algunas la habían oído en América, otras la habían aplaudido recientemente en *Covent-Garden*, y todas la conocían, pero ninguna la había visto de cerca y su reputación de artista así como su belleza de mujer hacían que su presentación fuese un verdadero acontecimiento.

Marenval y Tragomer fueron acogidos favorablemente. Aquellos franceses viajeros, ricos y amables, eran simpáticos en la sociedad americana de Julio Harvey que hasta se sentía dispuesta á perdonarles la inferioridad de no ser de raza anglosajona, lo que no era floja prueba de benevolencia. Miss Gower estaba contando una visita que había



hecho la semana anterior á la Patti en su castillo de Craig-y-Nos, y tenía suspensa la atención del auditorio.

— Figúrense ustedes que hay allí un teatro en el que se pueden representar óperas enteras. Hace poco tiempo se puso en escena un baile en que la gran cantante hizo en mímica el principal papel...

— Para eso es excusado tener la más hermosa voz del mundo.

— No se puede imaginar el lujo de aquella casa. Los invitados tienen á su disposición caballos de montar y coches. Los que quieren pescar, tienen un río y un lago; los que prefieren la caza pueden cazar en los bosques ó en la llanura... ¡Aquel es un boato real!

— En nuestro siglo los artistas son los reyes del universo. Á esos no se les destrona, ni se les arroja á tiros, ni se les insulta en los periódicos. En cambio no hay gracias que no se les prodiguen, ni homenajes que no se les rindan, ni elogios que no se les tributen. Sus listas civiles no son discutidas. Cuando envejecen, se les honra y cuando mueren se les hacen funerales solemnes. ¿Y qué dan ellos en cambio de todo eso?

Una voz irónica respondió:

— ¡Casi nada: su genio!

Todas las miradas se dirigieron al que acababa de hablar. Era Pedro de Vesín, que entraba. El

fiscal se aproximó sonriente a miss Maud y le besó la mano. Saludó al gracioso grupo de mujeres y apoyándose en la chimenea, dijo:

— El cuadro que se acaba de trazar es halagüeño, pero tiene un reverso que es preciso mostrar. En la carrera artística, como en las demás, entra por mucho la suerte. Unos acaban en la opulencia y en la gloria y otros desaparecen oscuros y miserables como un astro que después de haber brillado largo tiempo, se oscurece y se apaga. Vosotros habéis tenido un Garrick que dejó millones y está enterrado en Westminster. Nosotros tuvimos un Federico Lemaitre que murió lleno de deudas y que reposa bajo una humilde piedra pagada por sus últimos admiradores. No envidiéis la suerte de los artistas; sufren hasta en sus triunfos. El brillo de algunos está sobradamente compensado con las tristezas de otros muchos. En resumen, dan más de lo que reciben y si ponéis en una balanza de equidad de una parte el talento del artista y de otra los bravos y el dinero de los espectadores, pesará más, ciertamente, el talento.

— Tiene usted mucha razón, dijo miss Harvey. En América desenganchan los caballos de Sarah Bernardt para tirar de su coche...

La conversación fué interrumpida por la entrada de los fumadores, que venían conducidos por el dueño de la casa. En la entrada del salón apareció un personaje que llevaba debajo del brazo unos